Biblioteca de "El Avisador Numantino,,
8302

PASION DE MULATO

elodrama en cuatro actos y en prosa,
adaptado a la escena española

POR

Narciso Díaz de Escovar

SORIA
Imprenta y librería de Las Heras Hermanos.
Canalejas, número 54.

Biblioteca de "El Avisador Numantino,,

PASION DE MULATO

Melodrama en cuatro actos y en prosa, adaptado a la escena española

POR

Narciso Díaz de Escovar

SORIA
Imprenta y librería de Las Heras Hermanos.
Canalejas, número 54.

Pasión de Mulato

PERSONAJES

Sebastián.
Braulio de Guimera.
Pablo Cardona.
Facundo.
Tolo.
El Notario.
Criado 1.º
Idem 2.º

Emilia.
Condesa de Villabarta.
América.
Margarita.
Julia.

(*La acción de los actos 1.º 2.º y 3.º se supone en Fernando Poo, en 1876. El acto 4.º en Madrid*).

ACTO PRIMERO

(Salón en casa de la Condesa de Villabarta; en Fernándo Póo. Muebles elegantes, a la izquierda un balcón).

ESCENA PRIMERA

MARGARITA Y FACUNDO

Facundo.—Tú eres la negra que más me gusta a mí. Tú tener un corazón muy bueno.

Margarita.—Yo te miro como un hermano, pero ni por ahora pienso en casarm, ni me convienes para marido.

F.—¡Margarita! ¿No te da pena de mí?

M.—Déjate de amoríos, que hoy es día en que los criados de la Condesa tenemos que movernos y trabajar mucho. Hay gran fiesta.

F.—Eso que sí. ¡Y lo bien que nos regalarán hoy!

M.—¿Cuándo ha dejado la Condesa de atendernos y tratarnos con cariño?

F.—Es verdad, tenemos unas amas que son más buenas que el pan.

M.—No es fácil hallar otras iguales.

609647

F.—Sobre todo la señorita Emilia. ¡Dios la bendiga!

ESCENA II

DICHOS Y AMÉRICA

A.—Te buscaba, Margarita. Dedícate al adorno de la escalera. María te ayudará.

M.—Sereis obedecida.

A.—Tú, Facundo, llégate a casa del Teniente Martín y dile que se aviste con el Mayordomo.

F.—Iré en un vuelo.

A.—Ya sé que eres ligero y servicial.

M.—Hasta luego, señora.

(Vanse Margarita y Facundo).

ESCENA III

AMERICA

No sé como tengo cabeza para tanto. Pero hay que celebrar los días de Emilia y echar la casa por la ventana. Ha de visitarnos la gente principal de la Colonia y es necesario recibirlos bien. Además, Emilia, mi querida sobrina, se lo merece todo. ¡Es tan buena! Nadie puede tratarla sin quererla.

ESCENA IV

AMÉRICA Y PABLO

P.—¡Valiente calor hace en esta Isla! ¡Aquí los hombres se convierten en chicharrones! ¡Uf!

(Se sienta en una butaca y empieza a abanicarse fuertemente).

A.—¿Pero qué haces, hermano mío?

P.—¿No lo ves?, descansar y abanicarme.

A.—¡Cuando no es jueves!

P.—El descanso es el único trabajo a que sé dedicarme en esta dichosa tierra, a donde el Gobierno de S. M. ha tenido la bondad de enviarme.

A.—Siquiera por hoy desecha tu pereza y ayúdanos.

P.—Eso quisiera, pero no puede ser. El calor me tiene acobardado.

A.—Piensa que es el día de Emilia.

P.—Corriente. ¿Y qué?

A.—Tu casamiento con ella es el único recurso que te queda para salir a flote. Perdido tu caudal, solo te queda este medio para pagar a tus acreedores y librar tu título y tu nombre de una deshonrosa situación.

P.—No he de hallar dificultades para ese casamiento.

¡Pero... diablo! ¡qué calor hace! No temo a los rivales que se presenten en campaña. Esos isleños son todos ridículos y repulsivos.

A.—Es cierto.

P.—No pensé jamás que mi querida sobrina los prefiriese. Además mi figura no es despreciable y mi carrera es otro título a mi favor.

A.—Mira, uno de los pretendientes se acerca.

P.—Valiente tipo.

A.—Lástima de riquezas las suyas.

P.—Es un oso africano.

ESCENA V

DICHOS; EL SEÑOR DE GUIMERÁ, a quien precederán varios negros con ramos de flores, vestirá de frac, pero ridículamente. Entra haciendo exageradas contorsiones.

G. (a los negros).—Permaneced a la entrada. ¡Inmóviles como estatuas! No olvidad que os hallais a mi servicio y que los criados deben ser reflejos de sus amos.

A.—¡Señor de Guimerá!...

G.—Señora, estoy a vuestros pies. *(Reparando en Pablo).* (¡Oh, mi rival!) ¡Caballero oficial, beso vuestra mano!

P.—Gracias.

G.—¿No ha venido todavía su esposo?

A.—Sus ocupaciones le retienen en el Gobierno.

G.—Pero ¿dónde está Emilia? ¿Dónde está la Reina de la fiesta?

A.—Se halla en el jardín y vendrá en seguida.

G.—Vengo a ofrecerle mis tributos. A presentarle mi ramo de flores.

A.—Siempre tan amable.

G.—He preferido flores frescas, llenas de perfumes.

A.—Como ella.

G.—Si... y ramilletes grandes...

P.—Como vos.

G.—Como mi amistad, como mis afectos, como mis riquezas.

P.—¡Ya!

G.—¿Y qué tal os va por esta tierra? ¿Qué os parece?

P.—Un infierno, donde se abrasan los pecadores.

G.—Entonces, ¿por qué habeis venido?

P.—No, si no he venido; me han mandado.

G.—Tenéis razón.

A.—Calaveradas que se pagan.

P.—Un marido celoso y ridículo que se empeñó en decir que yo le hacía el amor a su mujer. No recuerdo si era verdad o mentira. Pero es cierto que hubo un duelo y el esposo tuvo la mala fortuna de recibir una estocada que lo llevó al cementerio. Vino el escándalo y lo aplacaron enviándome desterrado. Preferí esta isla, donde habitaba mi hermana. Tenía grandes deseos de conocer a Fernando Póo. Me seducen los países poco conocidos. Pero no contaba con el calor. Si me vuelven a desterrar pediré que me lleven al Polo Norte. Gracias a que me retiene aquí una cadena de flores. De otro modo, hubiera emigrado aunque perdiese galones y carrera.

G.—¿Pensáis en casaros?

P.—Algo de eso se proyecta.

G.—Yo también deseo acabar siendo marido.

A.—Vuestra edad...

G.—Es cierto, sé lo que ibais a decir. Me voy acercando a los cuarenta.

P.—Yo creí que os alejábais.

G.—¡Caballero!

A.—La Condesa y su hija Emilia llegan.

P.—Silencio.

ESCENA VI

DICHOS, LA CONDESA Y EMILIA.

C.—Señores.

E.—(*Saludando a Guimerá*) ¡Amigo mío!

G.—Mi buena amiga, permitidme que me presente a felicitaros y os entregue este ramo como recuerdo cariñoso.

E.—Gracias mil (*Distraída*).

G.—No podía faltar en vuestra casa en día tan señalado.

C.—Le hubiéramos echado de menos.

G.—Ya sé el sitio que ocupo en vuestra amistad.

A.—Pero, Emilia, ¿qué tienes? Jamás te he visto tan pensativa.

C.—Es cierto.

E.—¡Aquí fiestas, músicas, flores, plácares...! ¡Y no muy lejos de la Colonia familias enteras que lloran, que sufren, que mueren!

C.—¡Qué ideas!

G.—Preocupémonos de nosotros y olvidémonos de los demás.

E.—¡Nunca!

C.—Tranquilízate, hija mía. Esa terrible epidemia, esa enfermedad desconocida que diezma a los negros de la Isla, no ha llegado afortunadamente a la Colonia.

G.—Ni llegará. Aquí tenemos aseo, higiene y precauciones sanitarias.

C.—Puedo además participaros que las últimas noticias son tranquilizadoras.

G.—Y tanto. Lo sé de buena tinta.

C.—Solo se sabe de alguno que otro caso.

G.—Y ya estuviera concluída si no faltasen médicos que conocieran la enfermedad.

P.—¡Diablo! Y para qué sirve la ciencia de los médicos, si el primer síntoma, casi siempre, es la muerte. Caen como heridos por un rayo.

A.—Pues a pesar de eso, un solo hombre ha tenido la dicha de salvar a cuantos enfermos ha podido asistir.

C.—Sí, Sebastián el Mulato.

G.—¡El médico negro! ¡Bah! (*Con desprecio*).

C.—Le conozco. Fué esclavo de mi casa a quien mi esposo emancipó.

E.—Lo recuerdo bien.

C.—Logró la casualidad de salvarle la vida.

E.—No olvido aquel día. Mi padre atravesaba el mar en una barquilla. Una ola balanceó el casco y mi padre de mi alma

cayó al mar. La tempestad era terrible y las olas hacían inútiles todos los esfuerzos. Uno de los marinos, un negro que iba a proa, se arrojó al agua. Era Sebastián. Luchó desesperadamente. Varias veces estuvo en peligro su vida. Ya se sumergía, ya se alzaba entre montes de espuma, pero sin soltar el cuerpo de su amo... Al fin pudo coger tierra y mi padre quedó salvado.

P.—¡Un negro... héroe!

E.—Me parece verlo junto al cuerpo de mi padre, moviéndolo, besándolo, prestándole calor, dándole vida.

C.—Premié su esfuerzo con un bolso de oro.

E.—Que ni tocó siquiera.

C.—Por este servicio recobró la libertad.

G.—Y luego entró al servicio de un médico. De un Doctor inglés, muy acreditado entre los naturales del país.

A.—Se cuenta que lo hizo, más qué inspirado en deseos de lucro, por ser útil a sus semejantes. Parece que el negro es de lo más desinteresado que se conoce.

G.—¿Negro... y desinteresado?

A.—Sebastián es mulato.

G.—Lo mismo da.

A.—De todos modos su conducta es digna de elogio.

C.—Hablas, querida hermana, con ligereza de estos asuntos. Nacida en España, ignoras el rigor de nuestras costumbres.

El orgullo de pertenecer a una raza superior existe en nuestros corazones.

A.—Orgullo al fin y como orgullo reprobable.

C.—La tradición tiene que ser respetada.

G.—Y que es muy digna de respeto.

A.—Lo que es eso.....

C.—Hace años, una joven de la familia francesa de Duval, se enamoró de uno de sus esclavos. Al saberlo su padre, la hizo arrodillar, la obligó a pedir perdón a Dios de sus extravíos y de aquella falta que la deshonraba y la atravesó con su propia espada.

E.—¡Qué horror!

A.—¡Qué exageración!

G.—Yo solo os diré, que hace pocos días una sobrina mía enfermó gravemente. El médico de los negros se ofreció a curarla y es casi seguro que la hubiese curado. Pero ella, dando un ejemplo admirable, se negó a ser curada por ese charlatán. Prefirió morir a deberle la vida. Y en verdad que le alabo el gusto.

P.—¿Os dejó por heredero?

G.—De todo su caudal.

C.—Si llegáramos a igualarnos con esa raza repugnante, ¿a donde iríamos a parar?

G.—Por algo la naturaleza nos ha diferenciado. No vayamos contra la naturaleza.

ESCENA VII

DICHOS Y MARGARITA

M.—((Entrando por el foro(. ¡Señora!)

P.—Aquí teneis una negra que nos puede dar noticias del Doctor.

C.—Es Margarita, mi sirviente. Una pobre huérfana recogida por mi esposo.

P.—¿Conoces a Sebastián?

M.—¿Al médico? ¡Vaya si le conozco! ¡Dios le bendiga! Es el salvador de miles de desgraciados, logra curar a los que los médicos desahucian. ¿Pero qué ha de suceder? Esos médicos son viejos, torpes y ridículos. Sebastián es joven, amable y hermoso.

G.—¿Hermoso? ¡Calla, por Dios! ¡Hermoso un mulato!

M.—Sí, hermoso. Digo, a mí me lo parece.

G.—Es natural.

C.—Pero acaba... ¿a qué has venido?

M.—Venía a decir a la Señora Condesa que la música de marina está esperando.

G.—¿Tenemos Concierto?

M.—Varios marineros que traen regalos a Srta. Emilia. En el salón hay varias personas. (*Emilia se acerca a la ventana.*)

A.—Perdona, querida hermana, pero después de oirte, tengo necesidad de hacer una confesión.

C.—¿Una confesión?

A.—De una ligereza, que creí sin importancia y puede tenerla.

C.—Habla.

A.—Tenía grandes deseos de conocer a ese portento de medicina, a esa celebridad de la isla, y no queriendo ponerme mala expresamente para qué me curara...

C.—Acaba.

A.—Le he enviado una invitación para esta noche.

C.—¿Qué dices?

G.—¿Es posible?

C.—¿Has invitado a mis salones a un mulato? ¿A Sebastián? ¡A mi esclavo de otro tiempo!

A.—No pude creer que esta acción te disgustara tanto.

G.—Tranquilizaos, señora Condesa, ese hombre no vendrá. No puede llegar a tanto su insolencia. Tiene talento y comprende lo miserable de su condición.

C.—¿Y si viene?

G.—Me da el corazón que no vendrá.

E.—(*En la ventana*). ¡Ah!

Todos.—¿Qué?

E.—Uno de los marineros que estaban en el patio ha palidecido instantáneamente y le he visto caer como muerto.

A.—¿Será un caso de epidemia?

P.—El calor sin duda. (*Vienen todos a la ventana*),

E.—Vamos, vamos a socorrerle.

G.—No es prudente. Sería una temeridad.

C.—Acuden a su socorro.

G.—¡Qué inoportunidad! Turbar así nuestra fiesta!

ESCENA VIII

DICHOS Y FACUNDO

F.—¡Señora mía!

C.—¿Qué pasa?

F.—Un oficial que ha llegado de España trae una carta urgente.

C.—¿Para mí?

F.—Sí, señora. Espera en el Gabinete.

C.—Voy allá.

P.—Despachadlo pronto.

C.—Vuelvo en seguida. *(Váse).*

P.—*(A América).* (No dejes de aprovechar la ocasión y habla con Emilia).

A.—Corriente.

P.—Nosotros vamos al salón, que las bellas isleñas nos aguardan.

G.—Como querais. Pasad.

P.—Vos primero.

ESCENA IX

EMILIA Y AMÉRICA

A.—Espérate. Tengo que hablarte de algo muy serio. *(Le toma la mano y la sienta).*

E.—¿A mí?

A.—En un día como éste solo debe exis-

tir felicidad y alegría. Alguien espera esa felicidad.

E.—No te entiendo.

A.—Una pregunta. ¿Quiéres a alguien?

E.—A mi madre... a tí...

A.—No es eso. Si un caballero joven, guapo, valiente, solicitara tu mano ..

E.—Mi madre contestaría por mí. Suya es mi voluntad. Nadie como ella se interesa por mi felicidad.

A.—Tu madre... corriente... pero ¿y tú?

E.—Estoy acostumbrada desde mi infancia a que ella disponga de mí. Ese paso tan grave, tan trascendental en la vida de una mujer, solo ella puede aconsejármelo. Es mi deber y lo cumplo. Es mi deseo y hay que respetarlo.

ESCENA X

DICHOS Y LA CONDESA

C.—¡Emilia! ¡Emilia!

E.—¡Vienes agitada! ¿Qué ocurre?

A.—¿Qué te pasa?

C.—Tenemos necesidad de partir para España a ser posible mañana mismo.

A.—¿Qué dices?

E.—¡Madre mía!

C.—La carta que he recibido trae malas nuevas. Una calumnia infame se cierne sobre la memoria de tu padre.

E.—¡Dios mío!

C.—Los Tribunales han embargado

nuestros bienes. Es preciso ir a Madrid, ver al Rey, esclarecer las dudas que empañan la honradez de tu padre, de mi marido, y recobrar los bienes que con trabajo y honradez conservó.

E.—No hay que dudar. Es preciso partir.

C.—Ahora, por esta noche, es preciso ocultar este secreto. Disimulemos y que nada noten nuestros convidados.

ESCENA XI

DICHOS MARGARITA Y GUIMERÁ

M.—¡Señora!

C.—¿Qué hay, Margarita?

M.—El Doctor negro. Sebastián ha llegado.

G.—Le acabo de ver a la entrada del jardín, apeándose de su caballo. ¡Qué atrocidad! ¡Qué audacia!

C.—¿Conque se atreve a tanto...? Mira, mira *(a América)* el resultado de tu ligereza.

A.—A mí me toca repararla.

C.—No, de ningún modo. Ni a tí ni a mí nos toca hablarle, despedirle.

G.—¡Dejadme a mí!

C.—Decís, bien. Tomaos la molestia de arrojar a ese hombre. Y si no obedece, si se olvida de que ha sido esclavo en esta casa, vos teneis medios de recordárselo.

E.—¡Oh! ¡Eso nunca!

G.—Me sobrará habilidad y a ser preciso energía para el caso. Sé tratar con esa ralea.

M.—¡Infeliz!

E.—¡Dios mío!

C.—¡Ven Emilia! *(Vanse).*

G.—Si llega hasta aquí, dile que me espere, vuelvo en seguida. ¡No faltaba más...! Por si acaso llamaré a dos de mis negros. Estas conferencias no deben tenerse a solas. *(Váse).*

ESCENA XII

MARGARITA Y SEBASTIAN

M.—¡Pobre Sebastián! ¡El que es tan orgulloso! ¿Cómo evitarle esta afrenta? ¿Qué haré? ¡Qué podré decirle! ¡Ya está aquí! ¡Valor!

S.—Dime, Margarita, ¿qué significa esta invitación?... ¿Por qué no hablas?

M.—No sé...

S.—Ha sido un error... ¿no es verdad?

M.—¡Señor... Sebastián!

S.—Lo comprendo. Estas atenciones no las guarda esta gente con el hijo de un esclavo... de otro tiempo. La esclavitud estará abolida, pero estas diferencias no.

M.—Escuchad.

S.—Y no cabe duda. Este es mi nombre. Esta es la firma de tu ama. Un lacayo me lo entregó en propia mano.

M.—¡Partid, partid, pronto!

S.—¿Por qué? ¿No me han llamado?

M.—Vos lo habeis dicho. Es un errror... una equivocación.

S.—O una burla. ¿No es así?

M.—No me atrevo a deciros... Viene gente... iros... pronto.

S.—Habla, Margarita. Te lo mando... te lo ruego.

M.—Salid... pronto... antes que os echen.

S.—¿A mí, echarme?

ESCENA XIII

DICHOS Y EMILIA

E.—No, echaros, no. Nadie ha pensado tal cosa, Margarita se engaña. Pero si quereis alejaros, teneis una disculpa, un medio, una razón.

S.—¿Cómo?

E.—Sois médico, sois bueno y un enfermo reclama vuestra ciencia, pide vuestro auxilio. Nunca habeis cerrado los oidos a la voz del deber, ni al llanto de la desgracia.

S.—¡Señorita!...

E.—Vais a partir, pero es para socorrer a un infeliz que sufre, a un marinero que agoniza. Mas tened entendido que si os alejais, lo haceis por vuestra voluntad, no porque nadie se atreva a arrojaros de esta casa.

M.—(¡Qué buena es!)

S.—Gracias, señorita, gracias. *(Le besa la mano y se aleja. Al llegar a la puerta aparece por la izquierda el señor de Guimerá, con un grueso bastón y seguido de dos negros que se quedan en la puerta y vienen también provistos de grandes bastones).*

E.—¡Ah! ¡Es tarde!

ESCENA XIV

DICHOS Y EL SEÑOR DE GUIMERÁ

G.—Escuchad.

S.—*(Bajando)* ¿Qué me quereis?

G.—Pues... nada... digo que tengo que deciros... o mejor dicho que la Señora Condesa... que está ocupada... me ha dado la comisión... ¿comprendeis?... el encargo... de...

S.—¿Renovar su invitación, no es así? *(Mirando a Emilia).*

G.—Es... que...

S.—Os ruego, señor de Guimerá, le expreseis mi más sincera gratitud, pero añadidle que un deber me hace no aceptar...

G.—¿Cómo? *(No lo entiendo).*

S.—Un enfermo me llama y me espera. No es un pretexto; jamás he faltado a la verdad. Soy el médico de los pobres y de

los esclavos. No sé abandonarlos cuando me reclaman.

G.—Entonces...

S.—Dios os proteja, señorita. (*Por lo bajo*). Gracias, gracias.

ESCENA XV

EMILIA, AMÉRICA, GUIMERÁ Y MARGARITA.

A.—Es un moreno subido, pero así y todo no es mal mozo.

G.—Apenas me ha visto, ha comprendido mi comisión. Ya saben estos negrazos como las gasto.

E.—No es preciso que hagais alardes.

ESCENA XVI

DICHOS, LA CONDESA Y PABLO, después los convidados y criados y negros.

C.—Y bien, señor de Guimerá, ¿se ha cumplido mi encargo?

G.—¡Ya lo creo!

C.—Los convidados han escogido este salón para bailar. (Suena a lo lejos la música).

P.—¿Y vos no bailais? (*A Guimerá*).

G.—He bailado mucho en otro tiempo.

P.—Pues yo bailo mucho ahora.

(*Emilia se sienta al lado de América*).

E.—No sé lo que siento.

A.—Explícate.

E.—Un frío extraño me ha invadido todo el cuerpo. Siento una pesadez en la cabeza.....

A.—¡Me asustas!

P.—(*A Emilia*). Bellísima Emilia, ¿queréis bailar conmigo este rigodón?

E.—Como gustéis.

A.—No, no vayas.

E.—Por Dios, que no se entere mi madre.

(*Empiezan a formarse las parejas. Pablo da el brazo a Emilia, que se esfuerza por seguirle. A los pocos pasos da un grito y cae en brazos de América, que se levantó tras ella*).

E.—¡Ah!

P.—¿Qué es eso?

C.—¡Hija mía!

A.—¡Emilia!

(*Todos acuden a su lado. La llevan al sofá*).

E.—¡Me ahogo... me ahogo... agua!

G.—¡Es la epidemia! ¡Es la epidemia!

Todos—¡Es la epidemia!

(*Empiezan a retroceder y van desapareciendo poco a poco*).

M.—*Se acerca a Emilia y después se aleja precipitadamente*). ¡Ah!

C.—¡Emilia! ¿No me oyes?

P.—¡Es preciso un médico! ¡Al instante un caballo!

C.—¡Será tarde cuando llegue! ¡Van a dejar morir a mi hija! ¿Quién la salvará?

S.—*(Apareciendo con Margarita).* ¡Yo!

M.—Su corazón no palpita.

C.—¡Hija mía! *(A Sebastián)* ¡Vos, no! Retiraos.

S.—¡Atrás todos! Dejadme que hoy la salve. Mañana podréis arrojarme de vuestra casa.

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero.

(Llanura en la Isla. A la derecha varias rocas. A la izquierda la entrada a la cabaña de Sebastián. Un hacha colgada a la puerta).

ESCENA PRIMERA

Grupos de negros que bailan al son de instrumentos propios del país. Varias negras sentadas en el suelo. TOLO *en pie junto a la cabaña.* MARGARITA *cerca de él. Las compañías que no puedan presentar bien el baile lo suprimirán.*

T.—Basta de baile, que bastante se ha celebrado ya la fiesta.

M.—Dejadlos que se diviertan ¡Pocas ocasiones tienen para ello!

T.—Pero si hace tres horas que están bailando. ¡No sé como tienen cuerpo!

M.—Si fuérais joven como ellos no pensarais así.

T.—También lo fuí.

M.—Naturalmente.

T.—Retiraos que el médico vendrá pronto y no suele ser muy amigo de estos jaleos.

(Los negros se van levantando y se marchan en distintas direcciones.)

M.—Yo también me voy. Y lo siento porque hubiera querido hablar con Sebastián.

T.—Mucho tarda.

M.—Me esperan en la Colonia. Adiós, Tolo.

T.—Adiós. *(Entra en la cabaña).*

ESCENA II

AMÉRICA Y GUIMERÁ

A.—Gracias a Dios que llegamos.

G.—¡No se ve a nadie!

A.—Esta es su cabaña.

G.—No esperaba veros atravesar con tanta decisión esos endemoniados terrenos. Ved como vengo de lodo.

A.—Vais estando muy torpe.

G.—¡No será la edad la que me entorpezca!

—A.—Podéis descansar un rato.

G.—No sabeis cuánto me ha agradado este encuentro. Mañana pensaba ir a visitaros. ¿Pero dónde está vuestro hermano? ¿Qué ha sido de Pablo?

A—Las aficiones de cazador lo han detenido.

G.—Al regresar de mi viaje, de esta imprevista excursión a que me obligó la maldita epidemia, he encontrado muchas novedades. ¿Y la señora Condesa? Me han dicho...

A.—Apenas Emilia quedó fuera de peligro, la Condesa partió para España. Su hija no podía exponerse a tan larga navegación y quedó conmigo en la Isla.

G.—Ya.

A.—La embarcación donde la Condesa iba naufragó, perecieron todos los pasajeros y Emilia quedó huérfana.

¡Pobre hermana mía!

G.—¡Pobre Condesa!

A.—Esta desgracia impresionó de tal modo a Emilia, que enfermó de nuevo. Sebastián la salvó por segunda vez.

G.—¡Diablo con Sebastián! Buena ocasión ha tenido para entremeterse con los blancos.

A.—Apenas salvó a su enferma, sin despedirse, sin decir una sola palabra, huyó de nosotros y no hemos vuelto a verle.

G.—Ese hombre está loco.

A.—Emilia es presa de la más constante preocupación. Sus ojos nunca están secos y su alegría se perdió para siempre.

G.—No veo más que un remedio.

A.—¿Cuál?

G.—El matrimonio.

A.—Ya sé que aspiras a su mano.

G.—Pero sé que tengo un rival con ma

yores probalidades. Tendré que presentar mi dimisión.

A.—¡Quien sabe!

ESCENA III

DICHOS Y TOLO

T.—¿Quién anda por ahí?

A.—Gracias a Dios que encontramos a alguien.

T.—¡Son dos blancos!

A.—¿Quién sois?

T.—Soy Tolo... un pobre viejo que sirve al señor Sebastián y a quien éste libró de la esclavitud.

G.—Siempre ese Sebastián salvando gente.

T.—Mi mala salud y mis muchos años me impedían trabajar. Me golpeaba el amo y un día me dejó por muerto. El señor Sebastián me socorrió, curó mis heridas y entregó al amo el precio que pidió por mi libertad.

G.—El criado es digno del amo. No daía por él dos pesetas.

A.—¿Y dónde está tu amo?

T.—No lo sé.

A.—¿Cómo?

T.—Lo espero en vano acurrucado en esa puerta los días y las noches enteras. Viene de tarde en tarde y eso cuando cansado de recorrer bosques y llanuras llega a este sitio por casualidad.

A.—¿Qué le sucede?

T.—Yo creo que ni él mismo lo sabe. Es otro hombre que era. Habla solo, no duerme, tiene momentos de desesperación y horas en que ni ve, ni oye ni siente.

A.—¡Pobre!

G.—Creo, señora, que no pensareis como ese negro en esperarlo días y noches, hasta que le dé la gana de pasar por aquí.

A.—Tenéis razón.

G.—Dile a tu amo que han estado aquí la hermana de la señora Condesa y el señor de Guimerá. ¿Lo entiendes?

T.—Perfectamente.

A.—Vamos.

G.—Estoy a vuestras órdenes. (*Vánse*).

ESCENA IV

T.—Maldito lo que a mi amo ha de importarle la visita. Vamos a preparar la comida. ¿Y para qué? La dejará intacta como siempre. Me parece que mi amo va a vivir poco. Se está matando día tras día. (*Entra en la cabaña.*)

ESCENA V

S.—*(Entra pausadamente en escena, mirando una cruz que lleva colgada del cuello).*

Cruz santa que mi madre llevó toda su vida sobre su pecho y que colgó a mi cue-

llo en las horas tristes de su agonía... bendita seas. En otro tiempo al besarte recibía consuelo. Hoy nada consigo contra el dolor que me atormenta. ¿Es acaso que mi amor es un crimen? Madre mía, sólo a ti mo he atrevido a confesar que la amo. ¡Sí, este hombre, de negro rostro, que nació esclavo, se atreve a amar a una mujer blanca, a la hija de sus amos! ¡Oh, esto es una locura, una insensatez! ¡Madre, madre, ruega a Dios por mí!

ESCENA VI

DICHOS, EMILIA Y UN CRIADO

E.—(*Aquí está.*)

S.—(*Viéndola*). ¡Cielos! ¡Ella!

E.—¡Señor Sebastián!

S.—Vos... vos en mi cabaña.

E.—Cuando la muerte me amenazaba, el médico Sebastián se presentó en mi casa y me devolvió la salud y la vida. Después huyó para rehuir el testimonio de mi gratitud. Yo no puedo olvidar a quien tanto debo y le busco... y le hallo al fin. Vos me esperábais... ¿No es así?

S.—Sí, así es.

E.—¡Pero qué desmejorado estáis! ¿Os habéis sentido enfermo?

S.—Sí... he padecido mucho.

E.—¡Pobre Sebastián!

S.—Vuestro afecto, la compasión que

mi dolor os produce, es un bálsamo para mis penas. Dios quiera haceros muy dichosa.

E.—¡Dichosa! Siento en mi alma tristes presentimientos. Parece que un cielo lleno de nubes negras, muy negras, se desploma sobre mí. Cualquier suceso me aterra y me preocupa.

S.—Efectos son de vuestra debilidad.

E.—Hace dos meses, cuando cesaron vuestras visitas a mi casa, todas las noches al asomarme a mi ventana, veía una sombra vagar incierta por los alrededores de mi jardín. ¡A veces creí que era mi madre que velaba por mí...!

S.—Seguid.

E.—Hará unos quince días, el negro que vigilaba la quinta, vió la sombra se alarmó y disparó sobre ella su escopeta. Sonó un gemido que me llegó al corazón y luego... el silencio más completo.

S.—¿Y después?

E.—Aquella mañana había un charco de sangre al pie de un árbol... ¡Ah!.. Pero vos no teníais esa cicatriz en la frente.

S.—¡Esta cicatriz... esta... sí! una caída...

E.—*(Era él).*

S.—Vamos, vamos, alejad de vos tan melancólicas ideas. Conspirais contra vuestra salud.

E.—No es solo un deber de gratitud el que me trae a vuestra casa...

S.—¡Hablad! ¿Qué quereis de mí?

E.—Margarita... mi sirvienta... mi hermana de leche...

S.—¿Está enferma?

E.—La destruye una dolencia, más del alma que del cuerpo, que la hará sucumbir.

S.—Lo sé... pero mi ciencia no llega a tanto.

E.—Vos sabeis...

S.—Sí, Margarita adora a un hombre y adora sin esperanzas. Solo el desgraciado puede comprender bien la desgracia. He sorprendido su secreto durante vuestra enfermedad. Ama a un ser privilegiado, ama a un blanco...

E.—Cierto. A Pedro, al mayordomo del Sr. Guimerá.

S.—Ella pertenece a esta raza maldita... que los blancos desprecian.

E.—¡Dios mío!

S.—Ese señor ha crecido en su pecho de día en día. Es noble, es puro. Ha querido ocultarlo a todo el mundo, porque lo mira como una afrenta, como un imposible.

E.—Así lo cree.

S.—Y morirá... morirá queriendo, que también de amor se muere. Tras la piel tostada laten corazones de fuego, quizás más vehementes, más sinceros que los de la raza privilegiada.

E.—(¡Oh... no quiero comprenderlo!) Es preciso. Necesito salvarla. Soy rica y podré hacerla dichosa.

S.—Ese hombre la despreciará.

E.—¿Por qué? ¡Cuándo pudo soñar amor más grande! ¿Que ella es de otra raza? ¿Qué importa si se aman?

S.—¡Ah!..

E.—Necesito vuestra ayuda. Es preciso que Margarita viva, que se una con ese hombre. Iré a verle. Vos, que sois bueno y generoso, me acompañareis.

S.—Con gran placer.

E.—Corriente. Dentro de una hora os espero en la calle de palmeras que conduce a la quinta.

S.—No faltaré.

E.—Gracias, amigo mío.

(*Sebastián la acompaña algunos pasos. Después besa su mano y se queda viéndola alejarse*).

ESCENA VII

S.—¿Que es de otra raza? ¡Y qué importa si se aman! Sí, si esto ha dicho. Y lo ha dicho delante de mí, que tanto la adoro, que, como Margarita por Pedro, muero de amor por ella. Gracias, madre mía, no te invoqué en vano. A tu cariño debo, sin duda, este momento de felicidad.

ESCENA VIII

DIDHO Y A POCO PABLO Y TOLO.

(*Se oye un tiro*).

P.—(*Dentro*). ¡Socorro! ¡Socorro!

S.—¡Eh! Allá abajo un cazador lucha con una serpiente...

P.—¡Socorro!

S.—Venga mi hacha... Allá voy.

T.—Ha sonado un tiro... Y después he oído la voz del señor Sebastián... Sí... es él... viene hacia aquí con un blanco...

P.—(*Entra apoyándose en el médico*). Gracias, gracias Doctor.

S.—(*A Tolo*). Trae agua.

P.—Varias veces he mirado la muerte cara a cara, pero nunca me ha parecido tan horrible como en figura de serpiente.

S.—¿Estais herido?

P.—Muy ligeramente en esta mano.

S.—Veamos. (*Tolo trae agua, que da a Pablo*).

P.—Buscaba a mi hermana, entreteniendo el camino recordando mis aficiones de cazador. Lo delicioso de este sitio me hizo reclinarme sobre la yerba y descansar. De pronto siento ruido extraño que me despierta de mi sueño, de un sueño delicioso de amor y de placer. Veo una serpiente enorme que avanza hacia mí. Cojo la escopeta, le apunto... disparo y el tiro no le da. Poco me faltaba para ser merendado o poco menos por el animalito, cuando aparecisteis vos. Vuestra hacha se levanta, silba la serpiente, suena un golpe y mi enemigo rastrero queda cadáver. No habreis hecho en la vida amputación más perfecta.

S.—Si quereis descansar puedo ofreceros en mi choza hospitalidad, ¿Aceptais?

P.—Gracias, gracias, pero tengo necesidad de regresar a la Colonia.

S.—¿Queréis un guía?

P.—No es preciso. Decididamente sois el ángel protector de mi familia. Yo también tengo deuda contraída con vos.

S.—Son deudas que nunca llegaré cobrar.

P.—Pues cónstele que ha recaído en una familia de buenos pagadores.

S.—A quienes yo debo a mi vez...

P.—A no ser por su ayuda, hubiera emprendido el viaje de ida al otro mundo, sin billete, ni esperanza de vuelta. A no ser por vos, dos lindos ojos hubieran llorado por este cuerpo y mi querida prima en vez del blanco traje de boda hubiera tenido que ponerse el negro de luto.

S.—¿De boda? ¿De quién hablais?

P.—De mi hermosísima prima Emilia.

S.—(¡Oh!). ¿Se casa?

P.—Conmigo.

S.—¡Imposible!.

P.—¿Como?

S.—Sí... imposible parece que haya encontrado en esta isla, hombre merecedor de ese tesoro...

P.—¡Como yo no soy de la isla!

S.—¡Vos!

P.—Estoy loco perdido por Emilia. ¿Os admira, dado su carácter? Pues sí, querido Doctor, estoy enfermo de ese mal, que con toda su ciencia no es capaz de curarme.

S.—Y la boda, ¿es muy pronto?

P.—Así lo espero. Desde luego quedais convidado. Sin vuestro auxilio no se hubiera verificado... ¡por culpa de la maldita serpiente!... ¡Las serpientes son contrarias al matrimonio!

S.—Pues no faltaré a esa boda, si la boda se verifica.

P.—¿Por qué no? Pero es tarde y mi hermana estará con cuidado. Quedad con Dios.

S.—Esperad. ¡Tolo, acompaña al Señor!

T.—En seguida.

P.—En marcha y que el Cielo me libre de serpientes y de calor.

ESCENA IX

SEBASTIÁN SOLO

¡Es decir que Emilia va a ser de ese hombre! ¡Va a casarse con él! ¡Y lo he dejado marchar! ¡Aún es tiempo! ¿Dónde está mi hacha?... ¡Matarlo! ¡Asesinarlo! Eso no... Además, si no se casa con éste, se casará con otro. Es rica, es bella, es buena. No han de faltarle pretendientes. No es él; no es él quien debe morir. ¡Dios mío! ¡Madre mía! (*Lleva la mano al corazón y tropieza con la cruz*). ¡La cruz! ¡Siempre la cruz! ¡Sí, no quieres que sea criminal. ¿Quiéres que continúen mi llanto y mi desgracia? Soy cobarde para ese sufrimiento. Ella no será de otro hombre. El Infierno me espera, pero el Infierno con ella.

Cuadro segundo.

(Decoración de playa. A la izquierda una peña enorme, formando gruta y dentro de ella un banco de piedra... A la derecha una vereda escabrosa que baja a la playa. Las rocas rodeadas de mar, menos por el lado de la vereda, que también se cubrirá a su tiempo.)

ESCENA PRIMERA

T.—Es preciso alejarse de aquí, que la marea sube y si me detengo mucho, no es fácil que pueda escapar. Además hay señales de tempestad y el señor Sebastián podrá impacientarse. Mala ha sido la pesca. Otro día tendré mejor suerte. *(Vase)*. *(Se oye un trueno muy largo)*.

ESCENA II

SEBASTIÁN Y EMILIA

E.—¿Por qué seguimos este sendero tan difícil y extraviado?

S.—Porque acorta la distancia que nos separa de vuestra quinta.

E.—Desconozco este sitio.

S.—Rara vez lo visitan las gentes del país. Solo algunos pescadores se detienen aquí.

E.—Es un lugar que aterra.

S.—Esta gruta se llama la Cueva del Mulato. Tiene una curiosa tradición.

E.—Referídmela mientras caminamos. *(Echa a andar)*.

S.-Esperad. Tenemos tiempo y estais muy fatigada. Este banco podrá daros descanso.

E.—Quisiera llegar a la quinta antes que

Pedro, para anunciar a Margarita el resultado de nuestra expedición.

S.—Por muy pronto que Pedro llegue tardará algunas horas.

E.—Es verdad. Pero qué agreste es este sitio.

S.—Me rogasteis que cortásemos todo encuentro... ¿no es así? No habeis querido seguramente que os viesen acompañada del Doctor Sebastián... Por eso escogí un camino seguro.

E.—¡Pero estais inquieto... nervioso...! ¿Qué mirais?

S.—Las dos cruces que recuerdan la leyenda. Os la contaré.

E.—Temo...

S.—Que espere Pablo y se disguste. ¡Vuestro prometido esposo! ¿No es cierto?

E.—Ese matrimonio es un deseo de mi madre.

S.—A quien vos quereis complacer.

E.—(¡Oh!) Contad la leyenda.

S.—Sí, la contaré. No muy lejos de aquí vivía un pobre mulato, que por un especial servicio recobró la libertad. Su carácter alegre se convirtió desde aquel momento en sombrío y preocupado. Había una cadena que no pudo romper. Estaba enamorado, loco por una mujer... que en aquella quinta vivía. *(Se oye un trueno).*

E.—Reparad que se oyen truenos y que el viento arrecia.

S.—Un momento... oid. Esa pasión que

le mataba, la hubiera ahogado a costa de su vida. Pero un día se creyó amado. Algo escuchó de aquellos labios, que creyó mudos para él, que le hicieron columbrar mundos de felicidad, paraísos de dicha. Creyó el mulato que su corazón había sido comprendido y que aquella mujer, no pudiendo ser de él, no sería de otro. Soñaba, soñaba en un cielo de amor y una palabra le despertó. Aquella mujer iba a casarse. El desdichado juró entonces que se uniría a ella con un lazo solemne, terrible, eterno. ¡La muerte!

E.—Sebastián... Sebastián... vamos de aquí... ¿no veis cómo sube la marea?

S.—El mulato había calculado todo. Los dos estaban solos como nosotros en este sitio maldito. La hora de la marea había llegado. *(Suena otro trueno)*.

E.—¡Sebastián!... ¡por favor... vamos!...

S.—Un solo camino quedaba y la mar subía, subía con amenazas de muerte. Ella suplicaba que la salvase, pero él sin piedad, la sujetó con sus dos manos de hierro *(sujetándola)* y le gritó: *Yo te amo.* Y la mar subía siempre *(se oye un trueno)* y el viento y la tempestad aumentaban, que la muerte desplegaba sobre ellos sus alas negras y dejaba oir su voz aterradora.

E.—¡Por piedad... por piedad... salvadme!

S.—No lo comprendes bien, Emilia. El ejemplo del mulato se repite hoy. ¡Te amo! ¡Te amo!

E.—¡Oh! ¡Callad! ¡Callad!

S.—Más que la muerte os espanta mi amor! (*El mar ha cubierto la vereda*).

E.—No, no... pero vuestro valor no llega hasta el punto de verme morir.

S.—Antes de que podamos llegar a lo alto de esa roca, el mar nos habrá destrozado contra las peñas. No puedo salvarte ni salvarme. Aquí está la muerte... para los dos... por eso quiero morir diciéndote que te adoro... ¿No maldices a tu asesino?

E.—Juradme, por la memoria de vuestra madre que no hay salvación posible.

S.—¡Ya no!

E.—Juradme...

S.—Lo juro...

E.—Pues bien, dejadme pedir perdón a mi madre y rogad por vos.

S.—¡Por mí!

E.—Sí, porque ahora que no hay esperanza, ahora que la muerte es inevitable puedo decirte a mi vez, que te comprendo y te perdono, ¡porque yo también te amo! (*Truenos*).

S.—¡Tú! ¡Dios mío! ¡Soy un miserable!

E.—Ven junto a mí. No te separes en este instante supremo.

S.—Madre mía, muera yo cien veces, pero sálvase ella!

(*Emilia cae desmayada en sus brazos. Sebastián intenta saltar las rocas con su carga. A lo lejos aparece una barca de vela*).

ACTO TERCERO

(Salón en la quinta de Emilia. Puertas al fondo y laterales.)

ESCENA PRIMERA

MARGARITA Y TOLO

M.—¿Qué te trae por aquí, viejo Tolo?

T.—Busco al señor Sebastián, a mi amo. Hace tres días que no parece por la cabaña. Lo han visto venir hacia aquí.

M.—Pues no está... ni ha estado.

T.—¡Pobre amo mío! La muerte es preferible cien veces a las penas que pasa. Ese es el mundo. ¡Mi querido Doctor tan desgraciado y tú tan feliz!

M.—¡Feliz!

T.—Qué más puedes desear. Amabas a Pedro, a un blanco que todos creían orgulloso. La señorita Emilia...

M.—Que es un ángel...

T.—Sí, lo es; pues bien, la señorita Emilia se empeña en casarte. Habla a Pedro y cuando menos se esperaba no falta un cura que os dé la bendición, ni un padrino rumboso que eche la casa por la ventana.

M.—Es verdad, Tolo.

T.—Yo me alegro, porque te quiero bien y eres como tu ama, buena y generosa. ¡Si creerán los blancos que entre los negros no hay gente buena!

M.—¡Gracias!

T.—Estas alegrías alargan mi vejez... y sobre todo el cariño del señor Sebastián. Si él me faltase, no tardaría mucho en morirme también.

M.—No tengas esas ideas.

T.—¿Qué falta hago en el mundo? Los viejos solo servimos de estorbo.

M.—No tanto.

T.—Voy a serte franco. Tu marido, ese Pedro de tu alma, no era santo de mi devoción. En mis altares no le encendía yo velas. Pero desde el día que casualmente salvó a la señorita Emilia y a mi amo... le quiero también.

M.—Fué un valiente.

T.—Sí que lo fué. Expuso su vida por llegar hasta las rocas del Mulato con su barquilla y salvar de una muerte segura a nuestros amos.

M.—Más de una vez creyó en aquellos instantes segura su perdición, pero no cejó... ¡Dios le bendiga!

T.—Alguien llega. Esperaré afuera.

ESCENA II

EMILIA Y EL NOTARIO

N.—Descuidad, que pronto volveré.

M.—¡Señor Notario! (*Saludando*).

N.—Adiós, buena Margarita.

E.—Me parece justo el aprecio que de todas mis posesiones habeis hecho.

N.—Tengo interés en serviros.

E.—Avistaos de nuevo con el señor de Guimerá y supuesto que está conforme en el precio, podeis redactar el documento de venta. No quede ni un palmo de tierra sin vender. Si pide alguna rebaja os autorizo para que la hagais.

N.—Cuento con vuestro permiso.

E.—Sois merecedor de toda mi confianza.

N.—Permitidme que os vuelva a decir que vuestra decisión es rara y no se explica. Soy un pobre viejo que os ha visto desde niña y os quiere. Por eso me atrevo a daros consejos. Pensad que podeis arrepentiros de vender así, súbitamente, sin reflexión, todo vuestro patrimonio.

E.—Estoy decidida.

N.—Reservad al menos esta casa donde habeis nacido, donde habeis sido feliz, donde el recuerdo de vuestra madre muerta existe para vos...

E.—Y donde soy huérfana y desdichada.

N.—¿Estais decidida?

E.—Mi propósito es irrevocable. Yo agradezco las pruebas de amistad que me dais, pero no puedo atenderos. Perdonadme.

N.—Corriente. Marcho a casa del señor

de Guimerá y aunque siento ver pasar a sus manos estos bienes... cumpliré mi deber y vuestro encargo.

E.—Gracias, querido Notario.

N.—Adiós, Margarita.

ESCENA III

EMILIA Y MARGARITA

E.—¡Trabajo me ha costado convencerle! ¡Si él supiera! Margarita, vas ha hacerme un favor urgente. Lleva esta carta a la casa del Padre José.

M,—Al momento.

E.—Probablemente se vendrá contigo. En ese caso hazle entrar en mi oratorio, que allí me espere y avísame. Pero, ¿estás llorando, Margarita?

M.—Sí...

E.—¿Por qué?

M.—De sentimiento al veros tan desgraciada.

E.—¡Bah!

M.—Desde el día en que mi Pedro os salvó, sois tan desgraciada como yo lo era antes.

E.—Los desdichados son más en el mundo que los felices. *(Llaman a una puerta de la derecha).* ¡Ah! ¡Es él!

M.—Han llamado.

E.—Déjame... vete. Vuelve inmediatamente con el señor Cura.

M.—Voy, señorita. (¿Quién será?)

ESCENA IV

EMILIA

¡El es, sin duda! ¡Ahí está! Llegó el momento que más temía. He reflexionado mucho, he pasado muchas horas de angustia, muchas noches de insomnio; pero no hay fuerza humana que destruya mi resolución... ¡Ah! madre mía, madre de mi alma, ¡sé indulgente con tu hija y perdónala desde el cielo!

ESCENA V

EMILIA abre la puerta. SEBASTIAN entra pausadamente.

S.—¿Puedo llegar?

E.—Acercaos. Estamos solos.

S.—Desde aquel día, en que el Señor os salvó y me salvó milagrosamente, he permanecido en mi retiro recordando vuestras palabras, pensando en la grandeza de vuestra alma.

E.—¡Sebastián!

S.—Aquel recuerdo era un tesoro que guardaba en mi pecho, como consuelo de todas mis penas. ¡Hora solemne que la tempestad engrandeció! ¿Queréis quitarme ese recuerdo?

E.—No.

S.—Me habéis llamado y aquí estoy. ¿Qué sentencia me preparan vuestros labios? Contraria o favorable será cumplida. ¿Acaso queréis que me aleje para siempre de la isla?

E.—No es eso.

S.—¿Mi destierro no os tranquiliza? ¿Mi alejamiento no es bastante? No temais. El mulato no puede olvidar; pero sabe morir.

E.—¡Morir! Escuchadme. He llamado a mi Notario y le he dado orden de vender todos mis bienes.

S.—¿Y bien?

E.—En cuanto firme el contrato dejaré la isla. Estoy decidida.

S.—¿Vais a partir? Nunca... nunca. ¡Ah, perdonad! Necesitais vivir aquí, respirar este aire, sentir este sol ardiente. Es vuestra y no podeis abandonarla. Yo soy el que debe partir. En todas partes hay desgraciados que socorrer y en todas partes he de acordarme de vos.

E.—Sí, partiréis, Sebastián; pero no solo.

S.—No os puedo entender.

E.—Aquel día, que no podremos olvidar, al traerme Pedro a esta casa y volver de mi desmayo, lo primero que vi fué el retrato de mi madre. Su rostro severo, inflexible, me condenaba, sus labios parecían maldecirme y sus ojos los imaginé llenos de lágrimas.

S.—¡Emila!

E.—Temblé y sentí remordimientos. Tuve vergüenza de mi debilidad y me acordé del veneno que usan los negros en esta Isla.

S.—¡Pensasteis mataros!...

E.—No he de negarlo. El Padre José que estaba a mi lado me arrebató el veneno de las manos y mostrándome la imagen de la Virgen me hizo confesarle mis criminales propósitos.

S.—Dios no quiso desampararos.

E.—El virtuoso sacerdote viene a verme diariamente y ha logrado dar a mi espíritu las fuerzas que necesitaba. Ha sondeado mi corazón, ha visto mis sentimientos y me ha perdonado.

S.—¡Sois un ángel!

E.—Desde el día en que juzgando cierta mi pronta muerte os dije que os amaba, os pertenezco. Muerta hubiera sido vuestra; viva necesito el título de esposa. Nuestras almas existen unidas.

S.—Vos mi esposa.

E.—No lo dudeis.

S.—¡Oh!, ¡es imposible! Llegariais más tarde al arrepentimiento. ¡La sombra de vuestra madre nos separará!

E.—¡Jamás! ¡Madre mía!

S.—Reflexionad que estas paredes os han visto crecer noble y hermosa y ellas también han visto a Sebastián gemir y doblar la frente bajo el paso de la esclavitud.

E.—Todo lo he reflexionado.

S.—En mi pecho palpita un corazón digno de vos, mi mano puede estrechar la vuestra dignamente; pero esta mano es negra, es de un ser que pertenece a una raza miserable y despreciada.

E.—Para el amor no hay razas.

S.—¿Queréis sellar vuestra frente blanca y pura con una mancha infamante?

E.—Basta que no lo sea para mí.

S.—No os cause extrañeza mi modo de hablar, mi insistencia. Pero vuestra nobleza lo exige todo. Mi corazón no puede ser menos noble.

E.—Aquel día me dijisteis que era preciso morir, porque me amábais. Ahora es preciso el sacrificio porque también os amo.

S.—Entonces mi locura os hacía santa. Al ser vuestro marido os arrastro al desprecio, a la desgracia, a la infamia. Se puede matar a la mujer que se ama, pero deshonrarla, no.

ESCENA VI

DICHOS Y MARGARITA

M.—El Padre José espera en el oratorio.

E.—Está bien.

S.—¡Ah!

E.—Allí nos aguardan. Dios debe bendecir nuestro cariño. Hoy mismo podréis llamarme ante ese Dios vuestra esposa.

S.—Mucho he padecido, pero este instante lo compensa todo. He atravesado densas oscuridades, senderos de espinas, infiernos espantosos, para llegar al Paraíso.

E.—Cuanto adoré en un tiempo no existe ya. Me entrego en absoluto a lo que ahora amo. Borro el porvenir y trazo el presente.

S.—¡Emilia!

E.—¡Nos esperan!

S.—Sueño de mi vida, criatura celestial, ángel de mis esperanzas, deja que bese tu manó, deja que me postre a tus pies.

E.—Eso no.

S.—Tu amor, tu decisión me elevó sobre los demás hombres al elevarme hasta tí.

E.—Dios recompensa todo el bien que has hecho en el mundo.

S.—Mi juramento ante Dios será eterno.

E.—Vamos.

(*Se dan la mano y entran por la izquierda*).

ESCENA VII

PABLO Y SU CRIADO

P.—No está aquí mi adorada prima. La esperaré. Cosa harto difícil se va poniendo el lograr verla. Mas hoy ha roto la consigna y permite la entrada. Empeza-

rá a consolarse. Necesito volver a plantear el problema. Soy el más paciente de sus adoradores y tarde o temprano lograré mi premio. Es verdad que la gloria no se alcanza sin trabajo.

ESCENA VIII

PABLO Y GUIMERÁ

P.—¿Vos también aquí? Ya veo que hay entrada pública y que también habéis logrado la honra se ser recibido por mi prima. Digo esto porque supongo no habréis entrado por el ojo de la cerradura.

G.—Yo entro siempre por la puerta principal.

P.—¡Lo creo!

G.—Me traen negocios muy importantes.

P.—¡Ya! Pues yo tengo que daros una buena noticia.

G.—¿Buena?

P.—Al menos para vos, mi querido y opulento señor de Guimerá.

G.—No acierto.

P.—Vengo a despedirme de mi prima porque me marcho a España.

G.—¿Es posible?

P.—Ya veis la satisfacción que mi marcha os produce. Lo comprendo. El campo queda libre, la batalla será menos accidentada y el triunfo más probable.

G.—Quien piensa...

P.—De esta hecha, ya os miráis casado con mi prima. Pues no hay motivo para tanto. Se me alza el destierro, pero me he aficionado tanto a estas soledadas que, si el Ministro no se opone, antes de dos meses volveré a ellas.

G.—Por mí...

P.—Mucho tenéis que aligerar para ganarme la partida. Amo la corte, me encanta la vida de Madrid, pero, la verdad, me seduce más la compañía de mi prima. ¿Lo entendéis?

G.—Bien claro lo expresáis.

P.—Es franqueza de marino.

G.—Que por mi parte agradezco.

P.—Pero os confieso que yo tampoco tengo segura mi victoria, ni lejos, ni cerca. ¡Esa tristeza de Emilia me preocupa! ¡Y me preocupa a mí, que no me preocupo por nada!

G.—¡Bah! Yo pudiera sacaros de esa preocupación.

P.—Hablad.

G.—Es un secreto. Se me ha encargado y yo no falto a ese sigilo. Dí mi palabra de honor.

P.—¡Palabra de honor! No está mal. Pero vamos a ver, querido amigo, decís que sabeis...

G.—Todo. Pero he prometido delante de un Notario...

P.—¿Un Notario?

G.—Cuando la escritura de venta se halle firmada, entonces...

P.—¡Ha! ¡Comprendo! ¡Comprendo!

G.—¿Como?

P.—Dadme un abrazo, señor de Guimerá. (Sabe mi partida, vende sus bienes y se viene a España).

G.—¿Estais loco?

P.—De felicidad... loco de alegría.

G.—No entiendo ese placer.

P.—¿Con que vende sus bienes y se va a Españe?

G.—Yo no he dicho...

P.—Pero yo lo he adivinado.

G.—¡Esa alegría!

P.—¡Soy el más feliz de los mortales! ¡Soy un hombre de mucha suerte! Corro en busca de mi hermana.

ESCENA IX

DICHOS Y AMÉRICA

A.—¿Dónde está Emilia? ¿Dónde está?

P.—¡Ay, hermana mía!

G.—¿Qué pasa aquí?

A.—¡Que alegría para Emilia, para todos!

P.—¿No podemos saber qué te pasa?

A.—Lo más increíble, lo más inesperado.

P.—Di.

A.—Esta carta que acaba de llegar trae la más dichosa de las nuevas.

P.—¿De dónde viene?

A.—De España...

P.—Dirigida...

A.—A Emilia. Me la acaba de entregar mi esposo.

P.—¿Y quién la escribe?

A.—¿La Condesa? ¡La propia Condesa! ¡La madre de Emilia!

G.—¿Antes de morir?

A.—¡No ha muerto! ¡Gracias a Dios, vive!

G.—¡Jesús!

P.—¿Es posible?

A.—El buque en que regresaba a Fernando Póo, naufragó cerca de Canarias, pero varios de los pasajeros lograron salvarse en una lancha, que arribó a la costa.

G.—Esto es milagroso.

A.—Al fin ha podido volver a España, en un barco inglés que llevaba aquella dirección.

G.—(¡Adios, mi compra!).

A.—Tiene que permanecer en Madrid, pero autoriza a su hija para que venda todos sus bienes y regrese a España.

G.—(Se hará el negocio).

A.—Es preciso buscar un medio para comunicar a Emilia tan importante noticia.

P.—Ciertamente.

G.—Nada se me ocurre.

P.—Es lógico.

G.—Es difícil la situación.

P.—Efectivamente estas resurrecciones

no suceden todos los días y tienen mucho de inverosímiles. Parecen recursos de melodramas.

G.—Si no me equivoco, Emilia viene.

A.—Y nada hemos acordado.

G.—Se me ocurre una idea.

A.—Decidla pronto.

P.—Antes que se os escape.

G.—Oid. *(Habla al oído con Pablo).*

ESCENA X

DICHOS Y EMILIA

E.—*(Saliendo preocupada).* ¡Casada! ¡Estoy casada! ¡Pobre Sebastián! cuánta felicidad le he proporcionado. (*Viendo a los demás*). ¡Ah!... ¡perdonad!

P.—¡Ya me lo figuraba! La idea es como vuestra... inadmisible.

E.—¡Cuántos amigos reunidos!

P.—Conspirando todos en busca de tu felicidad.

E.—¿De la mía?

A.—Sí, querida sobrina.

G.—Y yo el primero. Sépalo usted.

E.—A todos estoy agradecida. Sepamos.

G.—La felicidad, como el dolor, no tienen hora fija.

P.—Como los malos relojes.

A.—¡Pablo!

E.—Me haceis entrar en curiosidad.

A—Emilia, tú eres una joven virtuosa y

has soportado con resignación de mártir, la horrible desgracia que hace un año pesa sobre tí.

E.—¡Madre mía! Siempre la recuerdo. Jamás se aparta de mi corazón. En mis sueños creo está aquí, cerca, muy cerca, como en los días felices de mi vida.

A.—Hay sueños que son avisos del cielo.

P.—(A América). ¡Bien!

G.—(A Emilia). ¡Muy bien!

E.—(Con extrañeza). ¡Eh!

A.—Desgracias que nos parecen ciertas, son a veces pruebas que Dios nos manda. Piedras de toque para nuestras almas.

E.—¿Qué me quereis decir?

A.—En tus sueños no has visto nunca a tu madre sostenida sobre las olas, tendiéndote los brazos.

E.—¡Ay de mí!... ¡Habla!

A.—No la has imaginado en España, salvada por milagro escribiéndote: *Hija mía, te espero.*

E.—¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Acaba!

A.—Ten valor para la felicidad como lo has tenido para la desgracia.

E.—Mi madre... ¡No mateis mi esperanza!

A.—¡Tu madre vive!

E.—¡Oh!... ¿No es sueño?

P.—No lo es.

E.—La prueba... la prueba...

A.—Esta carta que te dirige.

E.—Dame... es su letra... ¡madre de mi alma!... ¡Qué alegría tan grande!

A.—¿Estás convencida?

E.—Sí, si... pero repetidme todos que es cierto... para convencerme de que no me falte la razón.

A.—¿Lloras de alegría?

E.—Dejad, que mi corazón se desahogue.

ESCENA XI

SEBASTIÁN aparece en la puerta por donde antes salió.

S.—¡Emilia! *(Al ver tanta gente)* ¡Señorita Emilia! ¿Qué sucede aquí?

P.—¡Sebastián!

A.—¡El Doctor Negro!

G.—¿Cómo había de faltar?

E.—Sebastián. ¡qué feliz soy!... ¡Verdad que vos no sabeis lo que ocurre!... ¡una noticia que me llena de felicidad! ¡Mi madre vive!

S.—*(Con terror)*. ¡Vuestra madre!

E.—*(Al ver el gesto de Sebastián retrocede)*.

¡Dios mío!

S.—¡Vive, vive! *(Con desesperación)*.

E.—¡Ay de mí! *(Cae desmayada en brazos de América). (Pablo queda fijo mirando a Sebastián. Este muestra dolor inmenso. Guimerá se aleja del grupo. Margarita llora)*:

ACTO CUARTO

(Palacio de la Condesa en Madrid. Salón lujosamente adornado. Sobre una mesa un secreter).

ESCENA PRIMERA

JULIA Y SU CRIADO

J.—Procurad que esté todo dispuesto para cuando la Condesa regrese. Ha ido a Palacio a presentar a S. M. a la señorita Emilia y ya no debe tardar.

C.—Está bien.

ESCENA II

DICHOS Y CARLOS

C.—¿Está en casa el señor Doctor?

J.—Aquí no vive.

C.—Sé que no estoy equivocado.

J.—Está en casa de la señora Condesa de Villabarta.

C.—No importa. Aquí es. Ha curado a mi pobre hijo, atropellado por un carruaje. Sin su rápido auxilio, sin el cuidado que el prestó durante días y noches no tendría hijo ¡Bendito sea el médico negro!

J.—¡Ya caigo!

C.—¡Vaya con el Doctor.! *(Riéndose)*.

J,—Preguntais por Sebastián. ¿No es eso?

C.—Ignoro su nombre. No quiso decirlo.

J.—Es un mulato... un esclavo que la familia de la señora Condesa puso en libertad... Una curiosidad, un bicho raro que han tenido el capricho de traerse de Africa.

C.—Ese hombre vale mucho para mí. Daría mi vida por él.

ESCENA III

DICHOS Y SEBASTIÁN

S.—Gracias mi buen Carlos.

J.—Aquí le teneis. (Vaya con el curandero).

S.—¿Cómo sigue vuestro hijo?

C.—Bueno, del todo sano. Quería venir conmigo, pero le ha dado fatiga,

S.—Fatiga... ¿de qué?

C.—No ignoramos que en el mundo cada cual vive de su trabajo, y nos hemos dicho... el señor Sebasltián ha trabajado y es justo pagarle.

S.—¡Bah! Eso no vale nada.

C.—¿Que no vale la vida de mi hijo? He trabajado mucho... velé varias noches y tuve doble jornal... Aquí os traigo lo que ahorré... ¡por Dios no me lo desprecieis!

S.—No, no te lo desprecio, lo acepto.

J.—¡Claro!

S.—Pero sed el depositario de ese dinero y cuando encontréis, que no es difícil, otro más desgraciado que yo, socorredle en mi nombre.

J.—¡Valiente tonto!

C.—¡Qué corazón más hermoso!

S.—Ese es mi deseo y mi encargo.

C.—Encargo que cumpliré con toda mi alma.

S.—Gracias, querido amigo.

C.—En mi casa jamás podremos olvidaros. Mi hijo os debe la vida. Toda nuestra gratitud es poca. *(Váse).*

J.—¡Es un farsante!

C.—¡Así debe aer!... ¡Despreciar el dinero! *(Vanse).*

ESCENA IV

SEBASTIÁN SOLO

¡Es agradecido! ¡Rara condición en Europa! *(Se sienta).* No he podido acabar de leer la carta de Margarita. *(Leyendo).* «Es cierto mi querido señor Sebastián, soy dichosa. Pedro me ama. ¿Sois también feliz?...» ¡Pobre Margarita! ¡Dichoso yo! ¡Y no obstante lo creerán así! ¡Vivo en un Palacio, no me faltan comodidades. Soy el primero de los criados de la Condesa! ¡Criado!... No se como tengo tanta resignación. Hace un sño que este estado de cosas persiste y no puedo más. No sé como en varias ocasiones no he gritado a to-

do a todo el mundo: *Fuera todos, esa mujer es mía, es mi esposa ante Dios. Me pertenece. Es mía.* Busco en el estudio el olvido, el consuelo, la paz. Solo puedo cambiar con Emilia algunas palabras, alguna mirada... Soy un cobarde. ¡Ah, es ella! ¡Bendita sea! (*Se levanta*).

ESCENA V

EMILIA, SEBASTIÁN Y PABLO

P.—No podrás estar quejosa de la acogida que en Palacio te han merecido.

S.—(Siempre ese hombre a su lado).

P.—Hoy no he sido tampoco más afortunado que ayer. No he merecido ni una sonrisa, ni una mirada.

E.—Perdonad, primo; si mal no recuerdo mi madre te esperaba en su habitación.

P.—A tu lado lo olvido todo. Y eso que tu frialdad me desconcierta. He pasado de un polo a otro. Del calor de aquella tierra Africana al invencible hielo que me reservas. Adiós.

E.—Adiós,

P.—(*Viendo a Sebastián*). ¡Ah! ¿qué hacéis aquí?... ¿Quién os mandó venir a este salón?

S.—Aguardaba... órdenes.

E.—(*Volviéndose sorprendida*). ¡Sebastián!

Ya veo que no estamos en Fernando Póo y que habéis comprendido el espíritu demo-

crático y de igualdad que reina en Europa. Día por día me lo dais a conocer. Está bien; mas sabed que si en Europa no hay esclavos, aun conservamos los lacayos.

S.—¡Oh!

(Sebastián se adelanta. Emilia lo detiene con la mirada).

ESCENA VI

SEBASTIÁN Y EMILIA

S.—¡Esclavo en Africa... lacayo en España!

E.—*(En voz baja y suplicante).* Pero ese lacayo, ese criado... es mi esposo, es el hombre que idolatro. Dios nos ve. Sabe tu heroismo y sabe mi cariño.

S.—¡Es ya mucha resignación!

E.—Nunca os ha faltado.

S.—Diariamente recibo desprecios. Tu madre, la Condesa, no descuida ocasión para maltratarme con sus palabras. Ese hombre, de quien tengo celos, ¿por qué negarlo?... me odia.

E.—Tienes razón, ¡pobre Sebastián mío!

S.—¡No puedo más! ¡No puedo más!

E.—¿Has olvidado que una vez intenté encontrar en la muerte el término de mi desdicha?

S.—¡Ah!

E.—Soy débil para confesar a mi madre nuestro secreto.

S.—¡Débil!

E.—El día en que ella sepa, por la casualidad, o por tus labios, que he pisoteado sus preocupaciones, que olvidé mi nacimiento y mi sangre, que el amor pudo en mí más que el afecto filial, ese día será el último de mi vida.

S.—¡Eso no! ¿Qué extraño dominio tienes sobre mí?

E.—No es dominio, es amor, amor inmenso.

S.—Quizás lleves razón. ¡Perdóname, Emilia!, ¡Sufro tanto! Pero no temas, ahogaré esta pena dentro de mi pecho, aunque me mate. Procuraré que si rebosa el cáliz de amargura que la suerte me ha deparado, sus gotas de hiel caígan dentro de mi corazón.

E.—¡Alma noble!

S.—Pero ya te lo he dicho. Estoy celoso. Afortunadamente la duda no ha entrado en mi alma. Creo en tí.

E.—¡Gracias! ¡gracias!

S.—Seguiré viéndote de tarde en tarde. Te miraré partir para fiestas brillantes, donde te rodearán galanteadores o enamorados. Tu madre me abrumará con sus insultos. Te contemplaré del brazo de ese hombre, de ese oficial que finge amarte. Le veré, como hace unos momentos, expresarte su amor, devorar tus encantos con sus ojos... ¡callaré! ¡callaré! Pero el veneno que encierras en ese secreter no ha de quedar allí. Necesito su llave.

E.—¡Jamás!

S.—¡Ese veneno es mío! ¡Lo quiero!

C.—*(Dentro)*. ¡Emilia! ¡Emilia!

E.—¡Mi madre!

S.—¡Esa llave!

E.—Una palabra más y estoy perdida.

S.—¡Ah!

E.—Van a encontrarme a solas contigo.

S.—No... Primero me arrojaré por ese balcón.

E.—Detente. Entra en ese cuarto. Sal por la escalera secreta, ¡vete!

ESCENA VII

EMILIA Y LA CONDESA

C.—¿No me has oído?

E.—No...

C.—¿Estabas sola?

E.—Sí... ya lo veís...

C.—Pablo me dijo que había quedado aquí Sebastián.

E.—Es cierto.

C.—Harto me pesan las familiaridades de ese hombre. La deuda de gratitud no es tan grande que le permita confianzas con nosotros.

E.—Vino a darme cuenta de un encargo.

C.—No es la primera vez que se atreve a llegar a tus habitaciones. Mañana Sebastián abandonará esta casa.

E.—¡El!

C.—Lo devuelvo a la Colonia. Allí le daré un empleo seguro y retribuído... pagándole así, que es como debe pagarse, cuanto hiciera por vos, si es que no lo hizo la casualidad.

E.—¡Madre!

C.—No merece ese hombre ni que hablemos de él. ¿Lo entiendes?

E.—Sí... madre mía.

C.—Un asunto importante me trae aquí. Es preciso no retardar tu matrimonio. Cada día me siento más enferma y no quiero dejarte sin apoyo en el mundo.

E.—¿Qué oigo?

C.—El Rey se ha dignado apadrinarte y mañana se firmará el contrato de boda.

E.—Es imposible.

C.—¿Cómo imposible?

E.—Por muy brillante porvenir que el matrimonio me ofrezca, lo rehuso. Prefiero mi libertad.

C.—Hija mía, no te desagrade que insista, pero no puedo atender tu capricho. No he de ceder ante esa resistencia inexplicable.

E.—Es firme resolución.

C.—Salvada milagrosamente de la muerte, un nuevo golpe podría herirme mañana. Nadie más digno que tu primo, que Pablo, de ser tu esposo.

E.—Ese matrimonio será mi muerte.

C.—No seas loca. El matrimonio se verificará. No atiendes a razones, pues acu-

diré a mis energías. Cumpliré con mis deberes de madre.

E.—Sois cruel con vuestra hija.

C.—Me guía el cariño, y lo que hoy te desagrada, has de mirar en tiempo no lejano con satisfacción. Esa es mi crueldad.

E.—No puede ser... madre mía.

C.—Será... Te lo juro por la memoria de tu padre. Y procura no hacer que en mis palabras se reflejen todos mis pensamientos. *(Llama a un timbre).*

E.—Dejadme siquiera algunos días para reflexionar.

C.—Es inútil.

ESCENA VIII

DICHOS Y JULIA

J.—¿Señora? ¿Ha llamado?

C.—Busca al Sr. Sebastián y dile que venga en seguida, pues tengo que darle una orden muy importante.

J.—Debe de estar en la calle.

C.—Apenas regrese, cumple mi mandato.

ESCENA IX

EMILIA Y LA CONDESA

E.—(*Abrazándola*). Madre... por Dios!

C.—No insistas.

E.—¡Solo pedía un lugar a vuestro lado y me arrojais de él!

C.—No es esa mi voluntad.

E.—Antes que me separe de vos, bendecidme, como me bendecíais cuando, a vuestros pies, rogaba a Dios virir y movir cerca de mi madre.

C.—Al pie del altar bendeciré a mis hijos.

E.—¡Nunca esperé tanto rigor!

C.—Disimula, seca tus ojos... viene gente.

ESCENA X

DICHAS, AMÉRICA, PABLO Y OTRAS PERSONAS

A.—¡Querida Condesa, estoy loca de alegría, Pablo me ha anunciado su casamiento!

C.—Sí, querida América, la boda de tu hermano y de mi hija es un hecho. El Rey mismo la ve con gusto y la apadrina.

A.—Es un casamiento muy igual.

P.—Nunca me faltó la esperanza.

A.—(*A Emilia*). ¡Al fin vas a ser mi hermana! ¡Abrázame!

E.—(Valor).

P.—Seré digno, señora Condesa, del tesoro que vais a entregarme.

C.—Así lo espero.

P.—(*Se acerca a Emilia, que permanece inmóvil*). ¡Ni una palabra! ¡ni una mirada! ¡Corazón de piedra... yo te ablandaré.

J.—Señora, ahí se encuentra ya el señor Sebastián.

E.—(¡Sebastián!).

P.—(Ha palidecido al escuchar ese nombre.) (*Queda observándola*).

C.—No es este momento para recibirle. Dile que espere.

A.—¡Pobre mulato! ¡Apenas le he visto desde su llegada! ¡Qué carácter más raro! Mándale entrar.

C.—¡Aquí! ¡Qué locura!

A.—No está en España el señor de Guimerá, que es quien podría asustarse.

P.—(¡Está sufriendo!) (*Mirando a Emilia*).

A.—¿Le digo que entre?

P.—Tía, mejor dicho madre, pues pronto he de daros ese nombre, permitidme que una mis ruegos a los de mi hermana. Tengo que pagar una deuda a ese hombre y no me gusta tener acreedores.

E.—(¡No podrá contenerse!).

C.—¿Cómo he de nagaros hoy favor tan pequeño?

P.—Quedo agradecido.

E.—(¡Ah!)

P.—(Pues, señor, estoy celoso... de un negro).

ESCENA XI

DICHOS Y SEBASTIAN. Al ver tanta gente se detiene. La Condesa le hace señas para que se acerque.

S.—Me han dicho, señora Condesa, que deseabais hablarme. Estoy a vuestrsa órdenes.

C.—¡Así es! Aunque tenga sentimiento

en ello, teneis que dejar esta casa y partir.

S.—¿Cómo?

A.—¿Adónde?

C.—¡Al Africa... a Fernando Póo!

S.—¡Yo!...¡yo!...

(Emilia le mira y contiene).

P.—(¡Ella le mira!)

S.—Está bien... ¿cuándo?

C.—Mañana.

S.—¿Mañana?... ¡Partiré!

P.—(Adelantándose). No, tan pronto no. Desearía que se retardara su marcha. No estamos en Africa, sino en Enropa. Debo reconocer lo que un día hicisteis por mí.

S.—Nuestras deudas antiguas están borradas.

P.—Yo no he borrado la mía.

E.—(¿Qué se propone?)

P.—Deseo, señor Sebastián, que asistais a mi boda.

S.—¿A su boda? *(Mirando a Emilia).*

P.—Con la señorita Emilia.

S.—(¡Oh!).

P.—Que se verificará dentro de tres días. *(Sebastián hace un movimiento. Emilia pone la mano sobre el secreter).*

A.—La Condesa accederá...

P.—¿No me dais las gracias?

A.—Es natural.

P.—Comprendo, señores. ¡Este pobre hombre siente tener que confesar que es un mal profeta! ¡Sebastián había dicho que todo enlace era imposible para Emilia!

E.—¡El!

P.—(Cómo resiste).

A.—Serían palabras sin reflexión.

P.—Seguramente. Temía perder una amistad que tanta fortuna le conquistó.

E.—Siempre fué agradecido.

P.—Esa gratitud, por ser exagerada, puede ser fatal a Sebastián.

A.—¿Por qué?

P.—Ese infeliz tiene que volver a su isla. Tiene que despojarse de esa clase de vestidos, que no son los suyos, vestidos que contrastan con su raza y hasta con sus modales. Tiene que volver al país donde los negros no son mirados como personas, donde el color de esa tez, casi es un sello de infamia...

S.—(Piedad, Dios mío).

P.—(No hay duda se aman).

A.—¡Eres cruel!

P.—Soy justo. Es la razón que me obliga a deslindar caminos.

S.—¡Callad! ¡Callad!

P.—Veis, ya ese hombre se arrepiente de los sueños que una bondad sorprendente le hizo concebir. Sufre, porque no puede olvidar lo que ha sido, lo que es todavía. Quisiera ser mi igual para contestarme, para llevarme al duelo, para matarme; pero es, como todos los de su raza, cobarde y traicionero.

S.—¡Basta! ¡Basta!

(*Se avalanza hacia Pablo haciendo demostración de sacar un arma*).

E.—¡Sebastián!

S.—El valor humano tiene su límite.

E.—¡Ten compasión, Pablo!

C.—Salid de aquí. (*A Sebastián*).

E.—¡Yo soy la cobarde, yo soy la infame! (*A Sebastián*). Mártir de paciencia, héroe de amor, yo sé lo que debo hacer... Y tú, (*a Pablo*), ¿con qué derecho insultas a este hombre?

P.—Con el que me da tu falta.

C.—¿Cómo?

A.—¡Dios mío!

E.—¿Y quién eres tú para juzgarme a mí?

P.—Es cierto, no tengo ningún derecho, pues si algunos tuviera los renuncio desde este instante.

C.—¿Qué dices?

P.—Vuestra hija puede contestaros.

C.—¡Emilia!

E.—Salid todos, todos, es preciso que yo te hable, madre de mi alma.

P.—¡Vamos!

S.—¡Tenía que suceder!

E.—Sebastián, entra en ese cuarto y espera... te lo suplico.

A.—Vamos.

(*Salen todos por el foro. Pablo desde la puerta mira a Emilia y después a Sebastián que entra en un cuarto de la derecha*).

P.—¡Estuve ciego!

ESCENA XII

EMILIA Y LA CONDESA

C.—¿Qué es esto?

E.—Hasta que me oigais, es preciso que no os entregueis a torpes arrebatos de cólera. Os lo ruego por la memoria de mi padre.

C.—Habla.

E.—Si a ese hombre se le arroja de esta casa teneis que arrojarme a mí también.

C.—¿Estás loca?

E.—Ya veis cómo no. Pablo ha adivinado mi secreto y su cólera adelantó los sucesos. No he de callar.

C.—¿Cómo?

E.—Ese hombre, que todos desprecian, ese mulato que vale más que todos esos blancos juntos, es mi esposo ante Dios.

C.—¡Infeliz! ¡Tú... tú...! ¡Si esto es un sueño horrible!

E.—No, es una realidad.

C.—¡No, no puede ser! ¡Miserable, has manchado tu nombre! ¡No eres digna de llevar mi apellido!

E.—Me bastará con llevar el suyo, no tan ilustre, pero sí tan honrado como el mío.

C.—¡El tu esposo! ¡Desdichada! ¡Desdichada! (*Llorando*).

E.—Mi confesión es tardía... pero ya no

ha de faltarme valor para arrostrarlo todo. Su ejemplo me fortalece.

C.—¡Qué infamia! ¡Maldita!...

ESCENA XIII

DICHOS Y SEBASTIÁN

S.—¡Eso no! ¡No la maldigais! Vuestra maldición sería impía y no tendría alas para elevarse hasta Dios.

C.—¡Salid! ¡Salid!

S.—Esa mujer que llora, y sufre, y se humilla, es pura como los ángeles del cielo. Me amó porque el amor no razona.

C.—¡Dios mío! Me habeis salvado la vida para ver la deshonra de mi familia... de mi hija! Yo romperé ese lazo.

S.—¡No podeis, señora! Llamad a vuestros criados y dejarán el paso libre al esposo de vuestra hija. Llamad a ese altanero marino, que con tanto orgullo me insultó y a quien habría despedazado si Emilia con sus ojos no me hubiese contenido y le diré: Ahora eres tú el que debe morir de celos, porque tu prometida es mi esposa... ¡sí, mi esposa!

C.—Acudiré a la Justicia... al Rey.

S.—La justicia nada puede hacer. El Rey no rompe lazos que Dios bendice.

C.—¡Emilia! ¡Ya lo oyes! ¡Si tu padre saliera de su sepulcro te mataría, porque más vale una hija muerta que deshonrada! ¡Pobre mujer... yo nada puedo!

E.—¡Madre! ¡Que mi padre me juzgue!

(*Corre al secreter y saca el veneno. Sebastián le coge el frasco y lo tira al suelo.*)

S.—¡Matarte tú...! ¡Nunca!

C.—¿Qué ibas a hacer?

S.—¡A darse la muerte!

C.—¡Morir ella!

E.—No he de vivir maldita por mi madre. (*Cae en una silla llorando*).

S.—A mí, sólo a mí me corresponde terminar tu obra de abnegación y de amor. Este lazo consagrado por Dios, este lazo inviolable, yo lo romperé.

E.—¿Tú?

C.—¿Qué decís?

S.—Os devuelvo a vuestra hija. Ella me ha compensado en un momento todos mis años de penas. Justo es que vivas para tu madre. ¡Adios, Emilia! Parto para muy lejos.

E.—¿A dónde vas?

S.—Adiós para siempre.

E.—¡Detente!

(*Sebastián se refugia en la habitación de la derecha. Emilia le sigue y halla la puerta cerrada.*

E.—¡Soy tuya...! ¡Abre! ¡Abre! ¡Por favor

ESCENA ÚLTIMA

LA CONDESA, EMILIA, AMÉRICA, PABLO, JULIA, CONVIDADOS Y SIRVIENTES.

C.—¡Ven, ven, Emilia!

E.—¡A su lado está mi puesto!

P.—¿Qué ocurre?

E.—¡Huyó de mi lado!

(*Se oye un tiro dentro. Pablo y criados se precipitan a la habitación que cerró Sebastián y la abren violentamente.*)

E.—¡Jesús!... ¡Dejadme!

(*Quiere ir a la habitación. Su madre y América la detienen*).

C.—¡Ay de mí!

P.—(*Saliendo de la habitación precipitadamente.*) ¡Rogad a Dios por él!

FIN